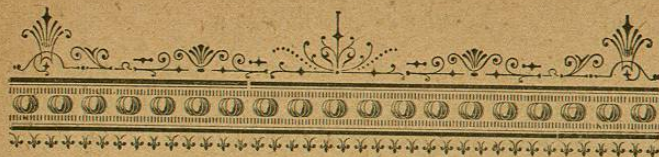


posición sacramentado en el tabernáculo: no me digas eso, porque,

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me causa más sentimiento
El no poderte gozar;
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero...

Si! todo es para más penar, mientras mi alma no sienta otra vez tu presencia regalada. ¿Por qué te ocultas en caliginosa nube ó en luz inaccesible, donde yo no puedo verte? ¿Por qué huyes á esa apartada región, donde yo no puedo seguirte? ¡Vuelve, Amado mio, vuelve! ven, que mi alma te espera! ven y no pasen muchas horas sin que yo pueda decir con la Esposa de los Cantares: Hallé al que ama mi alma: téngole y no lo dejaré; porque de hoy más, mi Amado será para mí y yo para mi Amado.



XXIII

DESPUÉS DE LA AUSENCIA.

AVERGONZADA estoy de las quejas que te dí, ¡oh Amor de mi alma! Humillada y confundida con la frente pegada al polvo, me tienes aquí, pidiéndote perdón de mi atrevimiento.

¿Cómo tuve osadía, Jesús mio, para entrar en juicio contigo, sabiendo que ningún viviente será justificado en tu presencia? ¿Cómo tuve valor para llamarte desamorado, y quejarme de que pagabas mal mis servicios y no correspondías á mi afición?

Yo, concebida en culpa, nacida en miserias, criada en vicios y crecida en maldades, ¿cómo tuve audacia para tanto? ¿Qué hice, Señor? Hablé como necia, porque la fuerza del dolor me hizo olvidar quién eres y quién soy; cómo te portas conmigo y cómo te respondo. Y así,

En lo mucho que me quieres
Y en la paga que te doy,
Mostramos entrambos hoy,
Tú que das como quien eres,
Yo pago como quien soy.

Sí, Dios mio; yo, como miserable, pago con quejas tus bondades; ¡pero tú! ¿Quién te sirvió jamás, que tú no le pagases largamente? ¿Cuándo has cerrado tú los oídos á los clamores del pobre? ¿Cuándo dejaste de dar á quien supo pedirte bien? ¿Cuándo cerraste tus puertas, á quien confiado y humilde llamó á ellas? ¿Cuándo jamás te escondiste de quien te buscaba? ¿Cuándo dejaste de amar ni á tus mismos enemigos? Pues entonces, ¿cómo me quejé de tí con amorosa amargura? ¡Perdón, Jesús mio, perdón! que ya conozco la sinrazón mia y la bondad tuya.

A porfia hemos andado toda la vida, yo á ofender-te y tú á perdonarme; yo á huir de tí y tú á buscarme; yo á volverte las espaldas y tú á ofrecirme los brazos. Siempre te hallé fiel y amoroso, siendo alegría en mi tristeza, remedio en mis males, salud en mi enfermedad y refugio en mi tribulación. ¿Cómo, pues, tuve osadía para quejarme de tí?

¡Confieso mi ruindad, Dios mio! Reconozco mi mucha inmortificación y mi poca humildad, pues como niña mimada y caprichosa, me creí abandonada porque me faltaban tus caricias; caí en desconfianza y abatimiento, porque no me regalabas; y me juzgué desfavorecida, olvidada y perdida, porque retiraste de mí tus dulces consuelos. Amor de niños es este, y no de mujer constante; amor como el del perrito que mueve la cola mientras lo halagan y le dan pan; pero que en faltándole este no hace más que ladrar y dar aullidos. Avergüenzome de ello, Señor, y contra mí mismo te confieso mi iniquidad.

Culpa mia fué si te perdí, ¡oh Jesús mio! y culpa mia fué si más pronto no te hallé, porque te buscaba donde tú no sueles estar. Sólo en la cruz tienes residencia fija, y yo, ¡torpe de mí! huía de la cruz y los trabajos. ¿Cómo te había de encontrar?

Mas ya que de nuevo te he hallado; ya que otra vez me das entrada á la mística bodega, donde embriagas á las almas en tus divinos amores; ya que muestras así haber perdonado mi insipiente, habla, Jesús mio, habla y dile á mi alma muchos y enternecidos amores.

Habla, Amor mio, y suene tu voz en mis oídos, que su eco melodioso basta para derretir el corazón. Habla una de esas palabras sustanciales que ilumina el entendimiento, aficiona á la voluntad, enciende los afectos y deshace de gozo al alma.

Tu palabra omnipotente hace lo que dice: Dijo: *hágase la luz*, y la luz fué hecha; dijo: *germine la tierra*, y toda ella se cubrió de árboles y plantas. Dile, pues, á la tierra de mi corazón que brote flores de virtud y frutos de santidad, que si tú lo dices, poderosa es tu palabra para hacerlos brotar. Háblame, Jesús mio, y que tu dulce voz

Resuene en mis oídos
 Continuamente,
 Como suenan las olas
 Del mar hirviente;
 Que su sonido
 Al corazón lo deja
 De amor herido.
 Amor que de él se escapa
 A borbotones,
 Envuelto entre suspiros
 Y entre canciones;
 Como en la hoguera
 Brota la llama y busca
 Más alta esfera...

Pero tengo mis temores, Jesús mio. Temo que me des quejas y me preguntes como al ingrato Pedro, si te amo. Dime, ¿acaso dudas de mí? ¿Sospechas de mi fineza? ¿Desconfías de mi amor? Razón tienes para du-

dar, para tener sospechas y desconfianzas, siendo yo quien soy y dándote las quejas que te di; pero á pesar de eso, no me preguntes si te amo; porque ¿cómo no amarte? Tus manos me formaron, tu Providencia me mantiene, tus criaturas me sirven, tu sangre me rescató, tu amor me abrasa... ¿y me preguntas si te amo?

Tú eres, ¡oh Jesús! el descanso de mi vida, la lumbré de mis ojos, el consuelo de mis penas, el paraíso de mi corazón, las delicias de mi alma, la prenda de mi gloria, el centro de mi sér, la vida de mi vida, ¿y me dices si te amo?

Tú eres para mi alma Amigo fiel, Esposo tierno, Padre cariñoso, Pastor divino, Maestro compasivo, Amante enamorado, luz y esperanza, salvación y redención, dulzura y consuelo, amor y bienaventuranza, salud y gloria.. ¿y me preguntas si te amo?

Tú me diste cuanto tenias, te hiciste por mi pobre, siendo rico; naciste en desamparo, viviste en humillación, sufriste males sin cuento, padeciste tormentos indecibles, sucumbiste entre las mayores afrentas, y siendo inmortal, sufriste muerte por darme á mi la vida y hacerte vida de mi alma... ¿y me preguntas si te amo?

Sí, ¡mi amantísimo Jesús! te amo con toda mi alma y con todo mi corazón y con todas mis fuerzas. Te amo más que á mi vida, más que á mi alma, cuanto soy y cuánto puedo. Pequeño es mi poder; pero grande, muy grande mi querer. Rastreras son mis obras; pero mis deseos vuelan muy alto, porque quisiera amarte con el amor de todos los santos, con el ardor de todos los serafines, y deseo abrasarme en los incendios de tu mismo corazón.

¡Oh, qué fuego es ese en que tú ardes! es un fuego que recrea, un fuego que atormenta dulcemente, un fuego que abrasa y no consume, ó consume y conserva

juntamente, dando á un tiempo mismo muerte sabrosísima y vida regalada.

¿Cómo es esto, mi Dios? Dando tú vida, ¿como matas? Matando, ¿cómo das vida? ¿Cómo sanas hiriendo? ¿Y cómo hieres sanando? ¡Oh sapientísimo, poderosísimo y amorosísimo Dios mio! ¿Quién puede penetrar los secretos de tu amor, de tu poder y de tu sabiduría? Sienta yo sus efectos, arda yo en esas llamas que deleitan, viva en esa muerte deliciosa, aunque no pueda penetrar jamás tus misteriosos arcanos.

Úneme á tí ¡oh Dios mio! con amorosa lazada. Vivamos eternamente unidos, sin que yo de tí me pueda separar, ni tú de mí alejarte; y esta unión inseparable y firme hará que mi alma cante como la amante Teresita:

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado.



XXIV

EN BRAZOS DE MI PASTOR.

ESTE pastor eres tú, Jesús de mi vida, porque ¿quién como tú reúne en sí las cualidades de Pastor amante? ¡Oh qué bien te cuadra este nombre! ¡qué dichosas son las ovejitas de tu redil! ¡qué afortunadas las almas que descansan á tu sombra ó sestean en tus brazos! La mía no sé que siente, cuando se considera en ellos, y te mira como á su Pastor divino.

¡Heme en tus brazos, amorosísimo Pastor de mi alma! ¿Conoces á esta ovejita en otro tiempo extraviada? Sí, ¡Jesús mio! yo soy la ingrata que te hizo sufrir con su loco desvarío; pero aquí me tienes ya, enamorada y dispuesta á cerrarte aquella herida que abrí en tu amante pecho, y traspasó tu corazón! ¡Yo la abrí! ¡yo la cerraré con mis caricias, con mis besos, y con mis lágrimas! Mas... ¿qué digo? tu amor me enloquece, me hace delirar, ¿Cerrarla?... ¡No, Jesús de mis amores, no! ensancharla más y más; porque, si la cierro, ¿dónde voy entonces á aplacar la sed que de tí tengo, la ardiente sed que me devora? Tengo sed... mucha sed... sed de tí... de tu amor... y sólo las aguas que manan de tu pecho, pueden refrigerarme; deja, pues, que aplique mis secos labios á la herida

de tu costado, y beba en ella las delicias de tu amor.

Amar... y después morir, ¡cuán dulce debe ser esto, Jesús de mi alma! Morir después de haberte amado mucho, muchísimo, durante la vida. Este corazón que sientes con tanta violencia palpitar junto al tuyo, tenía necesidad de amar desde su niñez, mas ¡ay! las cosas de la tierra dejaban siempre un vacío tan grande en él!... yo tenía necesidad de amar, pero de amar algo grande, algo superior á las criaturas; y ese amor tan grande lo he venido á encontrar en tí, Pastor amorosísimo de mi alma.

Sí, yo te amaré con todas las fuerzas de mi pobre corazón, con tal que tú hagas de tus brazos amorosísimas cadenas que me impidan apartarme de tí ni un solo punto, todo el tiempo que á tí te plazca tenerme en este destierro que se llama vida.

Con estas cadenas estoy presa; pero ¡qué prisión tan deliciosa es tu corazón, vida mía! ¡qué cadenas tan suavísimas son tus brazos! ¡qué cielo tan delicioso tiene esta cárcel mía! pues cuando alzo los ojos, me encuentro con el azul purísimo de los tuyos. Yo quiero vivir en tus brazos, Jesús mio: mi corazón no palpitará más por cosa alguna de la tierra; mis ojos no tendrán para ella más que una mirada de desprecio y mis labios una sonrisa de desdén.

Tú solo, Jesús mio, tú solo el rey de mi corazón, tú solo el objeto de mis amores. ¿Quién, gloria mía, quién tendrá poder para arrancarme de aquí de tus amorosísimos brazos? ¿Quién osará apartarme un punto de tí? Ruja el averno, levántense contra mí las criaturas, que nada conseguirán.

Conque, penas, ¡venid! ¡yo os desafío! ¡propios, desprecios, afrontas! ¡venid en horrible tropel! que todo me será muy dulce y sabroso en los brazos de mi Pastor.



XXV

MIRANDO AL CIELO.

En la noche callada,
Y en sitio donde nadie me veía.
La región estrellada
Miraba el alma mía,
Y, hablando con su Dios, así decía:

DESEOSA de volver á contemplar ¡oh Dios mio! la grandeza y hermosura de tus obras vengo aquí otra vez, aprovechando el silencio de la noche, para derramar mi corazón en tu presencia y admirar la belleza de los cielos. La noche es serena y tranquila: la brisa nocturna agita blandamente el frondoso ramaje de los árboles; las estrellas resplandecen acá y allá, cual diamantes heridos por los rayos del sol; y las nubes, temerosas quizás de empañar el brillo de los astros, se han quedado allá en donde parece que el horizonte se confunde con el mar.

¡Qué noche tan hermosa, Dios mio! La naturaleza parece muda al contemplar su propia belleza y esplendor; ese manso ruido que produce la brisa, jugando en la enramada, semeja un himno dulcísimo que los árboles cantan á tí, que eres su Criador. ¡Qué calma! ¡qué paz! ¡qué silencio!; pero silencio elocuente, por-

que él habla á mi alma, y le dice que deje la tierra y se eleve con el pensamiento al cielo. Vuela, pues, alma mía por esas regiones elevadas del espíritu, mientras mis ojos admiran la hermosura de ese cielo que parece sonreír sobre mi cabeza, y que ha sido criado para mí.

¡Qué hermosa es, Dios mio, la soledad para un corazón que te ama! ¡Pero qué morada tan triste es la tierra para el alma que vive en ella como en un desierto! ¡Ay alma mía!, ¿deseas tú ser una estrella suspendida en la bóveda del cielo? ¿Deseas girar como los planetas alrededor de su centro? Pero si tú lo tienes, si eres más afortunada que las estrellas! Jesús es el centro de las almas y el rey de los corazones. ¿No es verdad, Jesús mio? Sí; tú eres rey de mi corazón, dueño de mi voluntad, objeto amorosísimo de mis pensamientos, centro de mis deseos y vida de la mía.

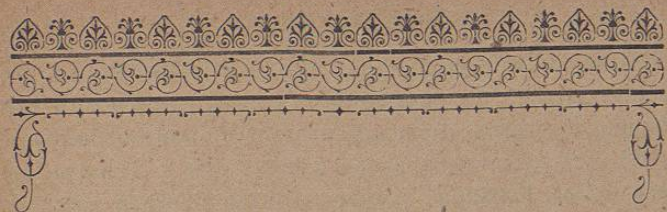
Sí, mi Dios, tú me tienes como suspendida, como levantada de la tierra; y he aquí por qué todo lo que se relaciona con ella, ni me alegra, ni me entristece, ni me turba, ni me distrae: nada encuentro en ella que pueda merecer un pequeño latido de mi corazón, y por eso, cuando fijo los ojos en ella, le envío una mirada despreciativa ó desdeñosa. Cuando trato con las criaturas y éstas no me hablan de tí, huyo de ellas, Dios mio, porque su lenguaje me obliga á exclamar: ¡Ay! no habládme de cosas de la tierra, porque ya no pertenezco á ella.

No, yo no vivo ya en ella porque tú me has levantado hasta tí, y.... mas ¡loca de mí! ¿qué pienso? ¿qué digo? Mirando al cielo, me olvido por completo de la tierra, hasta el punto de parecerme que no habito en ella. ¡Pobre alma mía, presa en la estrecha cárcel del cuerpo! Quieres volar, quieres unírte ya íntimamente con tu Dios: ¿Verdad? Dios mio ¿y por qué no destru-

yes tú el obstáculo que de ti **me** separa? ¿Le queda á mi alma mucho tiempo que **peregrinar** en la tierra? Si así fuere, corred, días míos, **volad**, años; desapareced y llevadme presto al término de mi destierro!

Mas ¡no, Dios mio, no! **perdóname** esta exaltación momentánea, que no puedo **detener** mis impulsos, cuando contemplo la hermosa **patria** mia. ¡Oh! cuánto anhelo el poderla gozar! **Pero** si tú, Dios mio, me quieres aun peregrina en la **tierra**, tuya soy: y siendo tuya ¿qué he de querer yo, **sino** lo que tú quieres? Te agrada verme aquí, **peregrinando** en la tierra? ¿Te gusta oirme suspirar por unirme á tí, Dios mio? ¡Pues á peregrinar, alma mia, por este **destierro** que se llama mundo, sin tregua ni descanso! A navegar, alma mia, por ese golfo encrespado de **la** vida humana noche y día.

Pero dirigeme tú, Dios de **mi** corazón, para que mi alma, cual ligera navecilla, se **deslice** serena sobre sus bravas olas. Dirigeme tú por **la** estrecha senda que ha de conducirme á tí; en ella sé **que** hay abrojos y espinas.... y es preciso hollarlos.... ¡los hollaré con mis plantas! mas cuando el dolor **llegue** á mi corazón y arranque lágrimas á mis ojos, **haciéndome** vacilar.... ¡oh Dios mio! entonces haya en **tu** corazón divino una gota de consuelo para el **corazón** de tu sierva.



XXVI

ESPERANZAS CONSOLADORAS.

CUANDO siento, ¡oh Jesús mio! ansias de verte, y tengo el alma llena de deseos del cielo; si entonces acierto á pasar por la enfermería, poseída de este dulce sentimiento, paseo por ella una mirada muda, pero elocuentísima, mirada que tú solo comprendes; y hablando conmigo misma, exclamo: ¿Cuál será de éstas la celda en donde el Amado de mi alma vendrá á sacarme del destierro de esta vida? ¿Cuál de estas celdas será el teatro en donde se va á representar la última escena y la más gloriosa de mi vida mortal? ¿Cuál será la celda donde van á celebrarse mis celestiales bodas?

¡Oh bien mio! Para entonces es necesario que yo me prepare y me halle ataviada con la vestidura nupcial; sí, Jesús de mi alma! con la vestidura de bodas para salir á tu encuentro. Yo quiero que entonces halles engalanada mi alma con larga y riquísima túnica, blanca como el ampo de la nieve de los Alpes. La túnica da la inocencia que yo llené de girones y salpiqué de manchas.... (lavadas ya éstas con tu purísima sangre, y zurcidos aquellos girones con mi arrepentimiento) debo ahora bordarla con primor y colocar so-

bre las que fueron manchas y girones, riquísimos bordados en oro de encendida caridad, compuestos de azucenas, rosas, pensamientos y menudas violetas. ¡Oh! ¡qué hermosa aparecerá á tus ojos y á los míos esa túnica bordada! ¿Quién al verla pensará que en otro tiempo tuvo manchas ni girones?

Esa túnica de la inocencia quiero que esté sujeta al talle de mi alma, con precioso cinturón de perlas: él lo constituirá mi voto de castidad, y ellas serán las lágrimas que he derramado por serte fiel y conservarme intacta para tí. El calzado de mis pies sea tal, que acredite desde luego, que mis pasos (desde mi mística muerte) fueron hermosos, rectos y ligeros por el camino de la virtud. Y mis pendientes simbolicen que mis oídos estuvieron atentos para escuchar tu divina voz, y cerrados para las cosas de la tierra. Las demás joyas con que quiero ser ataviada no las menciono, porque el que esto me mandó escribir me encargó que en este punto... mi secreto para mí....

¿Pero dónde encontraré yo tanto oro y piedras preciosas para bordar así mi vestidura nupcial? ¡Ay! ya lo sé. En los desprecios, en las afrentas, en las tribulaciones llevadas con resignación por tu amor. Envíame, pues, por esos caminos, ¡Jesús de mi vida! y ya verás cuán solícita voy por ellos, cogiendo esas perlas preciosas que el mundo pisa, porque ciego no conoce. Yo quiero seguirte; yo quiero poner mis pies sobre tus ensangrentadas huellas: yo quiero seguir á mi adorado Esposo lo más cerca que un alma puede seguirle en la tierra.

Mundo grande de allá fuera, ¡atrás! Pequeño mundo del claustro en que vivo ¡¡atrás también!! Ingratitudes mías, flojedades en el servicio de mi Dios, faltas pequeñas á los ojos mortales, pero muy grandes siempre á los ojos de mi Jesús, ¡¡todo atrás!! ¡Dejadme! no

os atraveséis en mi camino ¡¡dejadme!! yo quiero seguir á mi Esposo en sus humillaciones y afrentas; yo quiero ser pobre como él, despreciada como él y abatida como él. ¿Cuándo ¡Jesús de mi alma! voy á seguirte tan de cerca? Para seguirte así, ¿es necesario sufrir y padecer? Pues bien; yo sufriré amando, y amaré sufriendo.

¿Y había yo de querer ser tenida y estimada, cuando tú fuiste por mi amor hecho el oprobio de los hombres? ¿He de querer yo abundancia y comodidades, cuando tú no tenías donde reclinar tu hermosísima cabeza? ¡No, vida mía! no: un esposo rico tiene una esposa rica; un esposo pobre tiene una esposa pobre; un Esposo crucificado no puede tener más que esposas crucificadas: Él no puede ofrecerles más que las comodidades de la cruz, pero también las delicias de su amor; ¡amor que hace enloquecer! Llévame en pos de tí, ¡Amado mio! dándome á gustar las amarguras y dulzuras de la cruz, las penas y delicias de tu amor,

¿Cuándo ¡hermoso mio! me voy á ver despreciada, é injuriada por tí y hecha el oprobio de todas? ¿Cuándo aquellos seres que yo más amo me van á despreciar? ¡Ay! entonces yo estrecharé tu crucificada imagen con delirio sobre mi pecho, y vertiendo lágrimas que las criaturas hagan brotar de mis ojos (al fin como débil mujer) exclamaré: ¿No ves cómo me desprecian, vida mía? Como á tí, lo mismo que á tí. ¿No ves cómo aquellas acciones mías hechas con la más recta intención y sólo por agradarte, son mal interpretadas, y á los ojos de las criaturas parecen siniestras y torcidas? Como tú, lo mismo que tú, ¡Jesús de mi vida! ¡Ay! qué cerquita te sigo! me parece sentir sobre mis hombros algo que se parece á tu cruz: así.... así quiero seguirte, ¡Esposo adorado de mi alma!, hasta que vengas por mí á una de estas celdas solitarias.

¿Pero no me falta nada para presentarme bien ataviada ante tus divinos ojos, y partir contigo al cielo? ¿No me falta nada? Sí; á mi frente le hace falta una corona y á mi mano una palma; pero ¡ay! yo no puedo ser coconada, si tú no me coronas; yo no puedo ostentar en mi mano la palma de la victoria, si tú no me la das. Es necesario, pues, Jesús adorado, que esas dos preciosas joyas, las más hermosas de mi tocado, me las traigas tú del cielo, que allí es donde se tejen esas coronas, y se crían aquellas hermosísimas palmas en los jardines celestiales.

¿Y tú, Amado mio, cómo vendrás engalanado para celebrar las bodas con esta pobre alma? ¡Ay! qué hermoso vendrás! ¡me parece verte! Tú vendrás envuelto en manto de gloria, para envolver en él á tu amada y empuñando en tu mano como Rey el cetro de eterna potestad. Tu rostro á manera de un sol, despedirá más rayos de luz que el astro del día en toda su plenitud; y ¡ay Jesús mio!, cuando nuestros ojos se encuentren por vez primera, después de esta vida; cuando yo contemple sin velos ni misterios el rostro de mi Amado, ese hermoso rostro que yo he visto en sueños y que forma mis delicias y mis encantos, ¿qué sentiré? ¡Oh qué dicha!

Pues ¿y tu acento, Rey mio? ¿Cómo será el eco de tu voz? ¿será tan sonoro como el murmurar de una fuente cristalina? ¿Será tan armonioso como el canto del ruiseñor, cuando en la primavera trina sobre el ciprés de mi convento, al rayar la aurora? ¿Será tan dulce y suave como el sonido de un arpa, cuando en el cielo recorre sus cuerdas la mano de un angel, arrancando de ella melodiosos sonidos? ¡Sí... algo así, y más, mucho más, porque la Naturaleza no tiene armonías comparables á tu divino acento. ¡Cielos! decidme, ¿á qué se asemeja el acento de mi Amado?

Cuando yo ¡Jesús de mi alma! ya espirante te vea envuelto en una nube de gloria, y tus labios de rosa se abran y con acento indefinible pronuncies el *Surge amica mea, columba mea, et veni. Veni de Libano, sponsa mea, dabo tibi coronam pro cinere...* ¿qué haré yo entonces, vida mia? Libre del peso del cuerpo, me arrojaré á tus pies divinos, y tú, levantándome con amor, me acercarás á tu pecho, y posando tus labios sobre mi frente, estamparás en ella el ósculo de eterna paz, que tanto ansío.

¡Ay qué venturoso instante! ¡Qué momento tan deseado, en el cual aspire yo tu aliento, más puro que la brisa del mar, más perfumado que el cáliz de la azucena... y perciba los latidos de tu corazón amante... y el himno de las vírgenes, hiriendo mis oídos con celeste melodía, entonando el *Veni, sponsa Christi, accipe coronam quam tibi Dominus praeeparabit in aeternum!* ¡Ay Amado mio! entonces... yo seré tuya y tú mio!

¡Muerte! ¿por qué te tardas? ¿por qué no vienes? ¿en qué celda me hallarás? ¡Oh celda, celda mia! futuro testigo de mis celestiales bodas, dime: ¿eres tú por ventura el teatro donde se va á representar tan gloriosa escena? ¿Llegaré yo ¡pecadora de mí! á gozar en tí la dulce presencia de mi Amado? ¿Me trasladará El desde la estrechez de tus muros á su anchuroso Palacio? ¡Sí! yo en El espero, y no será confundida mi esperanza.



XXVII

CONCLUSIÓN.

QUEN El espero, y no será confundida mi esperanza!

Así terminaba el manuscrito de... de aquella verdadera flor de los claustros religiosos, alma santa, que desconocida del mundo, exhaló á su alrededor el grato aroma de las virtudes, como lirio que se cria en el fondo de un valle retirado, lejos de las miradas del hombre.

Fué una de tantas palomas como gimen en la soledad, sin que el mundo perciba sus celestiales arrullos; una de tantas heroínas como encierran los conventos, sin que la sociedad conozca sus méritos y su virtud; una de tantas flores como exhalan su fragancia en medio de los desiertos, sin que los mortales sospechen su existencia; uno de tantos astros como brillan en el firmamento del catolicismo, sin que vean su resplandor los que viven entre las tinieblas de la impiedad; una avecilla en fin de tantas como trinan y gorgean en el campo místico de la Iglesia, sin que el mundo siquiera barrunte que en la soledad de la clausura haya aveci-

llas trinadoras, de tan melodiosa voz, tan dulce canto, tanta inspiración y tan patéticos gemidos.

Muchas veces he llorado al transcribir aquí los cánticos de amor divino ó los tiernos arrullos de esta paloma enamorada; y creo que ningún corazón sensible los leerá, sin sentirse emocionado.

Repásalo con frecuencia, alma religiosa; grábalo en tu memoria, cópialo en tu corazón, haz tuyos los afectos y sentimientos de aquella alma fervorosa; ama el retiro, busca la cruz y el padecer por Cristo y pídele á Dios que algún día nos veamos con ella en la gloria. Amén.

FR. A. DE V.



Small white label with faint, illegible text, possibly a library or archival mark.